

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL
LITERATURA · ARTE · CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:
RAUL MONTERO BUSTAMANTE

TOMO XV
JULIO A SETIEMBRE DE 1941

MONTEVIDEO — URUGUAY
1941

SARA DE IBANEZ. — <i>Canto a Montevideo</i>	5
EDMUNDO PRATI. — <i>Blanes y la Academia</i>	19
JULIO OTERO ROCA. — <i>Figuras médicas del pasado: V. Martín de Moussy — Bartolomé Odicini</i>	19
CARLOS A. HERRERA MAC LEAN. — <i>Los retratos de señoras de Carlos María Herrera</i>	27
OCTAVIO MORATO RODRIGUEZ. — <i>Páginas</i>	37
JUAN LLAMBIAS DE AZEVEDO. — <i>Aristóteles y su concepción del Uni- verso</i>	45
S. CABRERA MARTINEZ. — <i>El regreso de Blanes a la admiración de su pueblo</i>	63
JAVIER GOMENSORO. — <i>Eugenio Garzón</i>	68
CARLOS MARIA PRINCIVALLE. — <i>Purpúreo está el río como mar</i>	73
G. STEWART VARGAS. — <i>Francisco Lavandeira</i>	84
ISIDRO MAS DE AYALA. — <i>«El loco que yo maté»</i>	96

PAGINAS OLVIDADAS

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN. — <i>El Angel de los Charrúas. — Un cuadro de Juan Manuel Blanes</i>	193
---	-----

SECCIONES PERMANENTES

REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — <i>Libros del Uruguay para Bolivia. — La Facultad de Humanidades y Ciencias</i>	110
REVISTA LITERARIA. — <i>La Candidatura de Enrique Larreta al Premio Nobel)</i>	129
REVISTA ARTISTICA. — <i>Un Estudio crítico sobre Blanes</i>	122
REVISTA HISTORICA. — <i>Informes de los Cónsules Británicos al Foreign Office 1824-1825</i>	131
REVISTA ECONOMICA Y FINANCIERA. — <i>Un juicio sobre la situación del país</i>	156
BIBLIOGRAFIA. — <i>«La Invención de Morels», por Adolfo Bloy Casares — «La Reforma Social en Dinamarca», por Eduardo D. de Arteaga. — «Ori- genes de la Guerra Grande», por Luis Alberto de Herrera. — «O Folclore No Brasil», por Basilio de Magalhães</i>	158

ALFREDO BALDOMIR. — La Clausura de la Exposición Juan Manuel Blanes	161
RAUL MONTERO BUSTAMANTE. — Vindicación de lo trivial	164
EDGARDO UBALDO GENTA. — Fragmentos de «La Platania»	168
DARDO REGULES. — El Concepto Cristiano del bien común	177
NOEL A. MANCEBO. — El Convento de la Concepción	187
ALBERTO LASPLACES. — Correspondencia de Artigas	194
VICTOR PEREZ PETIT. — Tres poetas gauchescos	207
ALVARO MELIAN LAFINUR. — Las Mujeres de Shakespeare. Prólogo	236
VICENTE CARRERA. — El Caballero del Botolón	247
ERGASTO H. CORDERO. — Dos aspectos de la vida científica de Arechavaleta	250
NICOLAS FUSCO SANSONE. — Poemas	256
GUILLERMO C. RODRIGUEZ. — Daumier	260
ARTURO SCARONE. — La prensa periódica del Uruguay de los años 1896-1900	270

PAGINAS DESCONOCIDAS

JUAN MANUEL BLANES. — Cartas	293
------------------------------	-----

SECCIONES PERMANENTES

REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — La Celebración del 25 de Agosto en Buenos Aires	301
REVISTA LITERARIA. — El CLº Aniversario del natalicio de Francisco Acuña de Figueroa. — Recordando a Héctor Villagrán Bustamante	305
REVISTA ARTISTICA. — La Exposición de pintura contemporánea Norteamericana	314
BIBLIOGRAFIA. — «Discursos Parlamentarios», de Luis Mellán Lafinur — «Motivos de Proteo», por José Enrique Rodó. — «El Dictador Latorre. Retrato del hombre y crónica de la época», por Juan León Bengoa. — «Poesías y prosas», por José Asunción Silva. — «Parábolas y otras lecturas», por José Enrique Rodó	318

JUANA DE IBARBOUROU. — La Nodrizza y el Cielo	Pág. 321
FERNAN SILVA VALDEZ. — Dolor que vas por el mundo	" 324
CYRO GIAMBRUNO. — El espíritu de Galicia	" 326
CAROLINA DURIEUX. — La pintura contemporánea norteamericana	" 331
JOAQUIN SECCO ILLA. — Asignaciones familiares y cajas de com- pensación	" 338
JUAN CARLOS GOMEZ HAEDO. — Antecedentes de la reforma Constitucional	" 350
RAUL MONTERO BUSTAMANTE. — Balzac, impresor y humorista ..	" 383
EMILIO VERDESIO. — El primer Congreso Americano de Enseñanza Especial	" 390
H. MARTINEZ MONTERO. — La esclavitud en el Uruguay	" 396
VICENTE CARRERA. — Las «Toraidas» de Francisco Acuña de Figueroa	" 426

PAGINAS OLVIDADAS

EUGENIO GARZON. — El Quebracho	" 440
--------------------------------------	-------

SECCIONES PERMANENTES

REVISTA SOCIAL Y POLITICA	" 454
REVISTA LITERARIA. — Un recital de «Tabaré» en 1886	" 458
REVISTA ARTISTICA. — Clausura de la exposición de pintura contem- poránea norteamericana	" 462
REVISTA ANECDOTICA. — Dos billetes de Julio Herrera	" 468
REVISTA HISTORICA. — Un episodio de 1811	" 471
BIBLIOGRAFIA. — Elzear S. Giuffra. — Itinerario de un viaje por la vida, por Carlos Lermite. — Poème de la France malheureuse (1939-1941), por Jules Supervielle. — Prosas Profanas y otros poemas, por Ruben Darío	" 475

BALZAC, IMPRESOR Y HUMORISTA

Pocos saben que Honorato de Balzac, en sus primeros tiempos, fué impresor y editor. No es extraño, porque la vida del autor de la «Comedia Humana» no se conoce en todos sus pormenores. Los años que precedieron a su notoriedad literaria han quedado en la penumbra cuando no en la oscuridad. El mismo, por otra parte, se encargó de desorientar a los biógrafos con sus reticencias y alusiones respecto a la nobleza de su origen, y cuando advirtió que todos aquellos que mantenían en París un salón a la moda se disputaban el honor de recibirlo y agasajarlo, desdeñó sus veleidades industriales, se dejó arrastrar dulcemente por el torbellino mundano, y pareció olvidar sus primeros años de luchas y prosaicas estrecheces económicas, de tal manera se transformó el bohemio de la víspera en gran señor.

Se le vió entonces, después de su estreno en el salón de Sofía Gay, a raíz del éxito de «Los Chuanes», — esto era a partir de 1828, — frecuentar los salones de la princesa de Bagration, de la marquesa de Osmond, de la princesa de Belgiojoso, de Mme. de Mabel, del conde de Castellane, de la condesa de Merlin, del conde Apponyi, el fastuoso embajador de Austria, los salones, en fin, del segundo tercio del siglo pasado, donde se reunieron los títulos, literatos, artistas, políticos y banqueros más ilustres de la época. Tomó posesión de estos salones con el aplomo de quien siempre hubiese vivido en ellos, y no obstaron a su éxito la rudeza de sus modales, el desaliño de su ropa, lo estrepitoso de su palabra y opiniones, y el penetrante olor a pomada que, al decir de una dama que entonces le conoció, despedía su cabellera de león. Todo se le permitió y perdonó. Allí fué centro de la tertulia, y nadie se asombró de sus detonantes paradojas, de sus carcajadas estentóreas, de los desplantes con que solía dejar suspensas y turbadas a las damas. Verdad es que fué allí también de donde él extrajo la arcilla con que modeló a sus Rastignac, sus Rubempré, sus Hulot, sus Biroteau, sus coronel Chabert, sus duquesa de Langeais, sus Grandet, sus Goriot, toda la gigantesca galería de la «Comedia Humana». Data de esta época también su amistad con el editor Werdet, que se convirtió en su banquero, le abrió las arcas de la fortuna — fortuna bien fugaz ¡ay! — y le permitió afrontar sus relaciones con la duquesa de Castries y con la marquesa Visconti.

Gabriel Ferry, que escuchó las confidencias de la condesa de Bassanville, la autora de «Les salons d'autrefois», ha hecho un estudio muy interesante y muy pintoresco de esta «crisis mundana», durante la cual el escritor arrastró un tren estrepitoso y un poco rastacuero. Amuebló principescamente su departamento de la calle Cassini; alquiló dos elegantes carruajes dirigidos por un majestuoso cochero y un minúsculo *groom* que ostentaban bizarras libreas; tuvo palco en los Italianos y en la Opera; se vistió como un *lyon* del café de París: «frac cortado por Buisson, el sastre a la moda, chaleco blanco de piqué inglés, pantalón negro de satén de lana, zapatos de hebilla y guantes blancos». Pertenece a estos días aquella fantasía del famoso bastón, cuyo puño de oro guarnecido de turquesas, fué la intriga y la comidilla de todo París, y dió tema a Mme. de Girardin para su novela humorística «El bastón de M. de Balzac». ¡Famoso bastón! Lo hemos visto en la vitrina de la casa de la calle Raynouard y lo hemos tenido en la mano para soñar en los días felices en que el ilustre escritor paseaba por los campos Elíscos solemnemente sentado en su blasonada berlina luciendo la fastuosa e inverosímil joya.

No pararon ahí sus locuras. Alquiló departamentos magníficos, compró cuadros, tapices, muebles de estilo, vajillas de plata que hizo grabar con las armas un poco fantasiosas de los Balzac d'Entragnes; surtió su bodega con los mejores vinos de Francia; montó su cocina como la de un Nabab, y de la noche a la mañana se convirtió en el hombre a la moda.

Todo esto, como se sabe, duró poco. En breves años de despilfarro hipotecó toda su vida de escritor, y luego, cuando el editor Werdet cerró la bolsa, cansado de adelantar sumas entonces fabulosas para un novelista, comenzó aquel trabajar sin freno, aquel terrible llenar carillas y hacer novelas para pagar deudas que jamás se saldaban, y que fueron el constante dogal que mantuvo al desventurado todo el resto de su vida inclinado sobre la mesa de trabajo, a veces sin comer ni dormir, hasta que la piedad y el amor de la condesa Hanska le redimieron del suplicio, cuando ya estaba agotada toda la energía vital y sólo le quedaba al grande hombre el triste consuelo de morir.

Otro terrible trabajo debió afrontar también el gran novelista: discutir con los acreedores; sufrir los ataques que estos le llevaron, hasta el extremo de tener que afrontar la cárcel; y por fin, huir de los mismos, acogerse a lugares ignotos, despojarse de su propio nombre y sufrir las humillaciones a que obliga el engaño y las situaciones equívocas. Lenotre, en una de las encantadoras páginas de «La Petite Histoire», ha contado algunas de estas aventuras: el abandono del hotel de la calle Cassini, junto al Observatorio, su clandestino refugio en Chaillot con el nombre supuesto de J. B. Niede y el título más supuesto de médico; el viaje a Italia con sus equipajes timbrados con coronas de conde o marqués; su escondite de Ville d'Avray; su vida

angustiada por los implacables acreedores pero inflamada por el optimismo de sus sueños de buena fortuna.



Estos sueños fueron los que apesar de su ineptitud para dirigir sus finanzas y su hacienda lo lanzaron en 1827 a la fugaz y pintoresca aventura industrial de convertirse en impresor. Mr. E. Beresford Chacellor, en un interesante estudio que escribió para la revista londinense «The Connoisseur», ha dado detalles muy curiosos sobre la imprenta del novelista. Adquirió éste una pequeña imprenta que era de un M. Laurent y que ocupaba un modesto local de la antigua calle des Marais de Saint Germain, hoy Visconti; asoció a su empresa a M. Barbier, e hizo con él un contrato por doce años. Ya entonces empezaba a perderlo su infantil optimismo. A fines de 1828, después de graves quebrantos, se vió obligado a retirarse del desgraciado negocio y abandonó a Barbier las ruinas del mismo.

La imprenta trabajó, sin embargo, con bastante actividad. Aún cuando la nómina no es completa, el escritor inglés ha reunido los títulos de un buen número de obras impresas en el taller de la rue des Marais. A esta lista pertenecen las «Obras de Ducis», (¿quién lee ahora a Ducis?, se pregunta el autor); las «Obras de Lesage» (¿quién no las lee?, agrega); las «Obras escogidas de Volney»; una tercera edición de las «Memorias de Mme. Roland»; los «Proverbios románticos» de Romieu; la tercera edición de «Cinq Mars», de Vigny; el segundo tomo de los «Escritos históricos y literarios» de Villemain; varias novelas de Zschokke y Mathurin, autores hoy ignotos, y un buen número de folletos políticos, judiciales y de literatura adventicia que ya nadie recuerda.

Entre las obras que llevan el pomposo y falaz pie de imprenta del taller de la rue des Marais, hay algunas verdaderamente curiosas, cuyos ejemplares hoy son rarísimos, y en las cuales el impresor puso algo más que sus tipos y sus prensas. Debemos suponer, y casi estamos seguros de ello, que el impresor fué, en tales ocasiones, también autor, y autor que a vuelta de ingenio y humorismo anunciaba ya al divertido cuentista drolático, a la vez que contemplaba con aguda inteligencia una manera de sentir y de pensar de la época en que vivía.

Estos libritos tienen de todo un poco; participan de la literatura, de la historia, de la crónica, de la anécdota y de la industria. Son literarios, humorísticos, casi históricos, pero estaban, seguramente, destinados a servir intereses de respetables comerciantes y honrados industriales. El novelista había conocido ese mundo tan curioso de los modistos en las redacciones de los periódicos de modas y escribió estos opúsculos como si todavía viviera él. Además, con esta nómina de títulos truculentos acaso el autor impresor creyó poder llamar la

atención del público sobre su taller y realizar sus sueños de editor. Más se equivocó; las ediciones casi no circularon y hoy son tan escasos estos impresos que, en el Museo Balzac de la calle Raynouard, se exhibe en una caja de cristal, como verdadera rareza, uno de ellos, el más curioso precisamente.

Para hacer estas ediciones, comenzó por crear un autor, y claro que lo creó como él era capaz de hacerlo. Le puso por nombre «El barón Emilio de l'Empésé», y la verdad es que este seudo barón no habría disonado en cualquiera de sus novelas, tales fueron las cosas que escribió y prometió escribir. Este barón del Almidonado, — traducamos el título al español, puesto que él tiene su aguda intención, — lanzó en 1827 su primera obra con el pie de imprenta del taller de Balzac. Esta pequeña obra lleva la siguiente carátula que no tiene desperdicio: «El arte de ponerse la corbata de todas las maneras conocidas y usadas, enseñado y demostrado en diez y seis lecciones, precedido de la historia completa de la corbata, desde sus orígenes hasta nuestros días; de consideraciones sobre el uso de los cuellos, la corbata negra y el empleo de los pañuelos de seda, por el barón Emile de l'Empésé. Obra indispensable a todos nuestros *fashionables*, ornada con 32 figuras explicativas del texto y el retrato del autor». Sigue en seguida este pensamiento, «hasta ahora inédito»: «El arte de ponerse la corbata es al hombre de mundo lo que el arte de dar de comer es al hombre de Estado». Y al pie de las señas del librero hay una nota en la que se anuncia que el libro se halla en venta «en casa de todos los comerciantes de corbatas, de cuellos y de pañuelos de seda más en boga de la capital». En la anteportada trae el libro el retrato del seudo barón, un verdadero tipo balzaciano, dibujado por Monnier y litografiado por Bernard.

Es realmente singular la minuciosidad con que el autor reunió en este curioso libro todo lo que se refiere a la historia y uso de la corbata, y lo es más el tono, a menudo trascendental, con que está tratado el asunto. La obra, como lo anuncia la portada, está ilustrada con varias planchas litografiadas que reproducen toda la iconografía de la corbata a través de la moda y de los siglos.

El examen de estas láminas revela que hay en este detalle al parecer insignificante de la indumentaria masculina, cierto valor psicológico de representación y de relación que el autor sabe poner muy finamente de relieve.

Veamos, por ejemplo, entre las varias docenas de lazos, cada uno de los cuales tiene su designación típica, este llamado, «a lo sentimental», pequeña y desmayada moña perdida en la ancha gorguera, que nos recuerda a Bellini y Donizetti; este otro, ancho y abultado, «a lo gastrónomo» que parece realmente coronar el corpulento tronco de un Lúculo siglo XIX; este otro, «en cascada», que evoca las candidas chorreras de los *dandies* de 1820; este otro «a la matemá-

tica», sencillo y breve como corresponde a quien calcula hasta el tiempo que invierte en vestirse; este otro en «coquille», pequeña obra de arte de un refinamiento casi femenino; otro «a lo Talma», lazo trágico en su inquietante *negligé*; y así muchos otros: el complicado «a lo Byron», «a la oriental», «a la Colin», «a la italiana», «a la Bergami», y veinte más, todos con su carácter y su significado personal.

Pero hay algo tan interesante como esto en el libro, y es la lista de las nuevas obras del barón de l'Empésé, o sea de Balzac, que según el editor, se hallan en prensa. Ya que no por el contenido, juzguemos por los títulos lo que serían esas obras humorísticas de las cuales apenas queda recuerdo de la primera de ellas, un volumen de 200 páginas rotulado «El arte de pagar las deudas y de satisfacer a los acreedores sin desembolsar un sueldo».

Parece que este libro, el único de la nómina que se imprimió, tuvo su boga en la época, y que las diez lecciones en que enseña el difícil arte, conocido y practicado, sin embargo, en todos los tiempos, fueron aprovechadas por muchas personas. Sólo el autor no supo aprovechar de ellas, puesto que jamás logró eludir el pago de sus deudas y trabajó toda su vida para saldarlas.

A continuación del título del libro, aparecido en 1828, sigue el anuncio de las próximas ediciones que jamás vieron la luz: «De la indiferencia en materia de corbatas» (el escritor tuvo, como se ve, la preocupación de la corbata); «El arte de no almorzar jamás en casa y de comer todos los días en casa ajena»; «El arte de recibir regalos y de no hacerlos». Hasta aquí la truculenta nómina y la información sobre la aventura industrial del gran novelista.

Mas no pararon aquí sus sueños de hombre de negocios. L. J. Arigón, en un precioso libro, ha contado la aventura de su viaje a Italia, por cuenta de los Marqueses Visconti para recoger una herencia, y aquel otro fantástico viaje para explotar una olvidada mina de plata existente en Cerdeña desde la época de las guerras púnicas, de la que él solo creía tener noticia; pero que, cuando llegó a ella, vió con estupor que una compañía belga la estaba explotando con autorización del gobierno desde hacía mucho tiempo.

Todo este derroche de optimismo, de trabajo, de ingenio, de buen humor, fué impotente para evitar que los sueños industriales del gran escritor se desvanecieran, como lo fué el gigantescó esfuerzo que realizó luego al escribir sus maravillosas novelas para producir lo necesario con que saldar sus deudas. Fué así que, ya al final de su carrera, escribía con desgarradora angustia: «Trabajo catorce horas, y aun así no tengo la seguridad de cumplir las obligaciones contraídas. ¿Pero es que no debo dormir y se me ha de negar también el derecho de dejar un instante la pluma para mirar caer la nieve a través de los cristales de mi cuarto?»



Cae precisamente la nieve una tarde del invierno de 1930 en que una vez más recorrimos la antigua calle des Marais, llamada ahora Visconti, para asomarnos de nuevo a la imprenta de Balzac. Es un breve callejón de doscientos metros enclavado en el Barrio Latino, que une la calle Bonaparte con la calle del Sena. El paisaje es realmente balzaciano. El ancho de la calzada solo admite el pasaje de un vehículo. Extendiendo los brazos casi se tocan los muros de los viejos y grises hoteles que levantan sus fachadas ruinosas llenas de recuerdos. En uno de ellos vivió y murió Racine; en otro habitó Adriana Lecouvreur. A pocos metros está el inmueble en que el novelista alimentó sus sueños de industrial. Es un melancólico hotel convertido hoy en depósito de papeles de imprenta y en el cual se señala todavía el taller que ocupó Delacroix antes de mediar el pasado siglo. Todo allí es sórdido, triste y miserable; pero aún así, cuando se buellan las losas de la estrecha vereda, no parece sino que en el fondo de la calle Bonaparte, donde se adivina el muro bermejo de la Escuela de Bellas Artes y los escaparates de los anticuarios y librerías, va a aparecer la hercúlea figura del novelista, envuelta en su romántica hopalanda, y entonces todo se engrandece e ilumina.

Así se ilumina también aquel otro viejo hotel de la calle Raynouard, de Passy, donde el escritor buscó refugio en 1841 y donde sus amigos han instalado el museo balzaciano, en el centro de un barrio cargado también de recuerdos, a un paso de la calle Bertón y del antiguo palacio de la Princesa de Lamballe, donde el doctor Blanche tuvo su famosa casa de salud.

La calle Raynouard, continuación de la calle Franklyn, es el antiguo camino que unía las barreras de París con Neuilly. Las villas y los viejos hoteles se alineaban a lo largo de la romántica senda rural que ondulaba sobre las verdes colinas pobladas de bosques, huertas y jardines y conquistadas hoy por los arquitectos urbanistas que han levantado allí una ciudad de rascacielos. Quedan aún, en medio de la opulencia de los flamantes inmuebles, trozos de antiguas tapias y rejas, detrás de las cuales asoman las copas de los añosos árboles, y uno que otro hotel decrepito, sobre cuyas buhardillas se levantan las chimeneas que de lejos parecen torrecillas atroneras. En una graciosa curva que corona la antigua colina que cae en violenta pendiente sobre el Sena se adelanta, sobre la vereda, la fachada del hotel en que habitó Balzac. Es una construcción típica de los primeros años del siglo pasado con subsuelo, dos plantas y buhardilla. La fachada es simple; el portal ostenta un simple cimacio y está flanqueado por un medallón con el busto de Balzac debajo del cual hay una placa que recuerda que allí vivió el novelista. El pequeño de-

partamento que habitó se halla en el fondo del hondo patio del edificio, que está a varios metros debajo del nivel de la calle y al que hay que descender por una escalera que arranca del muro que limita el zapuán. Quedan allí los restos del antiguo jardín, sereno refugio desde el cual dominaba las riberas del Sena y se contemplaba, a lo lejos, la ciudad. La densa edificación ha corrido el telón urbano sobre el paisaje; pero hay todavía allí añosos árboles y viejas plantabandas floridas cercadas de boj. A la sombra de aquéllos se sentó muchas veces el escritor, en un banco de piedra, a descansar y mirar la ciudad que bullía a lo lejos, y por aquellas humildes sendas discurrieron los personajes de sus libros mientras el novelista les infundía el soplo de humanidad que les ha hecho inmortales. Sobre el poético jardín, en el fondo del patio, está el pequeño pabellón que habitó el maestro. Con su techo de dos aguas, su chimenea y sus aberturas defendidas por persianas, se le confundiría con una humilde vivienda rural. Se penetra bajo enredaderas al oscuro pasillo de acceso que abre sobre el salón comedor. Dos pequeñas salas más, una de ellas la alcoba, integran la que fué morada del gran novelista. Allí está su mesa y su sillón de trabajo, algunos de sus libros de consulta, sus retratos, los objetos de uso personal, entre ellos el famoso bastón de puño de oro y turquesas, sus originales y pruebas de imprenta, el tintero y las plumas de ave, las primeras ediciones de sus libros y una pieza que atrae y subyuga: el vaciado en yeso de su mano, extendida e inerte como quedó después del trance. Aquella mano se movió febrilmente sobre esa misma mesa llenando las carillas que se amontonaban y en las cuales gesticulaba el mundo de la comedia humana; aquella mano es la misma que aparece en el daguerrotipo que está en la vitrina y en el retrato de Besnard, abierta, apoyada sobre el atlético pecho como si quisiera contener el acelerado latido del corazón; aquella mano es la que se extendía cordialmente para acoger a los escasos amigos que venían furtivamente a golpear la puerta de la oculta morada; aquella mano es la que nerviosamente levantaba la trampa que está oculta en el pavimento de la antecámara, por cuya escalera escapaba el grande hombre a través de la galería que da a la calle Berton cuando lo requerían los acreedores; aquella mano, por fin, es la misma que se movía nerviosamente en la imprenta de la calle des Marais; que se alzaba llena de optimismo para anunciar el éxito de sus quiméricas empresas; que caía con desaliento ante la realidad del fracaso, y que está allí, como el símbolo de este incansable luchador, de este atleta de la voluntad, de este gigante del trabajo que, si fué un impresor mediocre y un pésimo hombre de negocios, es, en cambio, uno de los novelistas de más genio que han producido las edades.

RAUL MONTERO BUSTAMANTE